

Temporada de estatuas

Fernando Valverde

Del mismo modo que Miguel Ángel descubrió que dentro de todas las piedras del mundo hay una estatua dormida, un día el poeta colombiano Juan Manuel Roca (Medellín, 1946) supo que tras escribir en el papel la palabra coyote hay que vigilarlo bien para que ese vocablo carnicero no vaya a apoderarse de la página. «Algunos viejos maestros / que conocen los conjuros del lenguaje / aconsejan trazar la palabra cerilla, / rastrillarla en la palabra piedra / y prender la palabra hoguera para alejarlo», reza el primer poema de su último libro, *Temporada de estatuas*, que ha publicado la editorial Visor en su colección Palabra de Honor.

Como si se tratase del guía de un museo, Roca inicia al lector en su libro por un recorrido en el que va a encontrarse con diferentes estatuas que tendrán muy diversa suerte. En la primera serie de poemas se encuentra el que da título al libro, en el que se evidencia el tono narrativo que Roca va a desarrollar después. No hay un destello, no existen relámpagos, no se percibe artificio alguno... Juan Manuel Roca tiene una capacidad única para crear poesía absolutamente humana, sin ornamentación barata. Sus versos están íntimamente pegados a la vida. Tal vez por eso es uno de los poetas que más pasiones levanta, enfrentando a quienes seduce con sus historias verdaderas con quienes desearían una temporada de estatuas anticipada, para decapitar la suya.

Lo quiera o no, Roca se ha convertido en un «viejo maestro» aunque no se parezca al que recuerda en su poema *Prueba de balística*. Cuando la poesía en lengua española parecía entrar en una fase de cierta complejidad y ensimismamiento, cuando

Juan Manuel Roca: *Temporada de estatuas*, Visor, Madrid, 2010.

comenzaba a sentirse una lejanía entre los poetas y los ciudadanos, Roca se ha convertido en uno de los defensores de la tradición poética sin necesidad de subirse a caballo alguno, sin visitar los templos de la métrica y las metáforas ostentosas. No parece valer todo en la poesía de Roca, no hay rebajas ni ferias experimentales. Hay mucha emoción, mucha vida.

Ahí está su poema *Una estatua de bronce*, que le escuché en Granada cuando todavía se trataba de un texto inédito y arrancó un enorme aplauso en el Teatro Isabel la Católica el pasado mes de mayo. Cargado de ironía, capaz de aunar la gran capacidad sugestiva de la poesía con la prosa, el poema se trata de una auténtica joya que justifica todo un libro. *Una estatua de bronce* recuerda a Ángel González y también a Gonzalo Rojas, en concreto a sus poemas más narrativos, en los que sus biografías se entremezclan en los versos.

Y es que para Roca la poesía está absolutamente ligada a la vida sin que quede hueco para «fragmentarismos», «teorismos», «tonatismos», «modismos» o «irracionalismos». Roca tiene demasiadas cosas que contar, incluso que narrar, para resultar útil. *Temporada de estatuas* es toda una reivindicación de una poesía necesaria, un alarde de personalidad que está muy presente en *Poema de gracias a Monsieur Larousse*, en el que recuerda cómo durante su infancia gracias a aquella enciclopedia pudo visitar regiones ignotas, selvas espesas o memorias olvidadas. «Descubrí que el volcán es un gigante indefenso / que demuestra su amor destrozando sus entrañas, / que la palabra niebla eclipsa la palabra bosque / para esconder sus soledades», escribe el colombiano para concluir de este modo: «supe que hay palabras con harapos y muletas, / palabras pordioseras que piden mendrugos de luz / a las puertas de las grandes catedrales del lenguaje».

Juan Manuel Roca, que aprendió a vivir sin los poemas para después instalarse en ellos, incluso habitar en ellos, no podía permitirse que con tantas historias que contar, con tantas buenas ideas, sus poemas no se entendieran. Entonces escogió el camino más difícil de todos, hacerse entender por todo el mundo con un respeto a la poesía que emociona y que va a convertirlo, si es que ya no lo es, en uno de los más importantes autores en lengua española.

La ruta más recomendable para seguir el museo de estatuas que nos presenta, algunas sin sus brazos o sin piernas pero todas llenas de emoción; el mejor recorrido es el que va de una anécdota concreta a su universalidad. Se trata de un atajo que Roca transita con una comodidad sorprendente, como puede apreciarse en su poema *Los vestidos de la muerte*, en el que no habría sido complicado caer en lugares comunes. Sin embargo, Roca no sólo los evita, sino que cuando se aproxima a ellos los convierte en una virtud, en un acercamiento hacia el lector. En sus estatuas no hay pedestales y uno no percibe el frío del tiempo. En sus salas, por sus salones de paredes blancas sin adornos, transitan visitantes como los poetas, que al llegar estropean la noche con su tristeza, o un pelotón de ciclistas zumbando como negros moscardones. «Llegó una niña ciega / a decirme que el paisaje huele a luna, / que debajo de la superficie del vino / hay una tristeza encerrada».

Como era evidente, la capacidad simbólica de la poesía no tenía por qué perderse en ese tono de aparente desapego, sino todo lo contrario. Aumenta, alcanza un lugar más alto, no necesita disfrazarse de nada, vestirse de nada, porque los poemas de *Temporada de estatuas* huelen y tiene bajo su apariencia de mármol blanco una emoción encerrada. No hay que hacer ningún esfuerzo para llegar a ella, incluso parece abalanzarse sobre el lector, mientras la intuye.

El libro tiene una segunda parte a la que uno ya llega con muchas certidumbres. *Paisaje natal* le sirve al poeta para ajustar cuentas con el pasado, con aquellos días en los que todavía no disponía de las palabras necesarias con las que poder ordenar su horizonte. De tan ambicioso propósito Roca sale airoso, visitando algunos de los lugares de la que fue su infancia, las ciénagas y las casas en las que supo del amor y de la lealtad, de las malas compañías y de vulnerable que puede llegar a ser el futuro. Sin embargo, tras un ejercicio de nostalgia, prefiere terminar recordando un baile, y quien lo conoce sabe que tras esa nostalgia aparente de su semblante, de su seriedad, de la mirada con la que parece examinar de forma detenida todo lo que le rodea, hay una sonrisa que llama al optimismo, que conspira a favor de la felicidad.

El poemario concluye con unas palabras de su amigo Luis García Montero. Se trata de un epílogo en el que repasa los diez man-

damientos de la poesía de Roca. Y empieza recordando unas palabras sobre Roca que escribió el chileno Gonzalo Rojas que son tan precisas como justas: «Poeta mío entre los míos, lo que más celebro en él es la fiereza, esa amarra entre vida y poesía que llega a lo libérrimo, el tono, el tono como dijo Vallejo, el epicentro de decir el Mundo» ©